

LA MIRADA ESQUINADA

DOBLE(S) SENTIDO(S)



Broken Camara

Lecturas y reflexiones sobre el cine y el mundo

Francisco Javier Gómez Tarín / Agustín Rubio Alcover

LA “MARCA TIERRA” HACE AGUAS

¿Quién nos iba a decir que dos de las tipologías representacionales más arraigadas en la cultura de este país de la piel de toro podrían hacerse hegemónicas en el planeta? Prácticamente desde su acta de nacimiento, venimos despotricando contra nuestra cacareada Marca. Ahora, la del mundo todo, se ve arrastrada por el signo de los tiempos. Hemos pasado, sin solución de continuidad, de la tragedia al esperpento, y de este a la más vulgar astracana. Los tristes tópicos acerca de

España dictan que, para nosotros, no hay límites que se nos resistan... a la baja. Si el problema se limitara a Bárcenas –siempre Bárcenas–; si al fin y al cabo fuera solo este país, cabría aún conformarse, o regodearse en un dolor privado, como unos noventayochistas cualesquiera. Pero díganos si los últimos acontecimientos en Egipto, en Francia, en Estados Unidos... no pasan ya de castaño oscuro.

En el ya lejano mayo del 68, un lema recorría las calles (pintado y de viva

voz): “seamos realistas, pidamos lo imposible”. Cuarenta y cinco años más tarde, todo indica que las utopías se han acabado, y el lema ha sido modificado por otro más pedestre: “seamos realistas, robemos lo indecible”... Sin embargo, un cambio radical se ha producido en las voces emisoras: aquellas del 68 eran las de jóvenes con ilusión, estudiantes, trabajadores de las fábricas, capas sociales desfavorecidas y una parte también de la pequeña burguesía (esa entonces tildada de contra-

rrevolucionaria); hoy, no hay tal voz, pero el lema cunde entre la élites políticas, financieras y económicas. El pasado mes de julio se celebró en Gijón, como cada año, la Semana Negra, y uno de los cronistas de la crisis europea, el griego Petros Markaris, expuso que la misión de los novelistas contemporáneos consiste en explicar cómo ha podido suceder que la misma generación que en su país derrocó a la dictadura haya provocado un hundimiento no solo económico, sino moral. A lo que asistimos es a una forma más refinada y difícil de librar estratégicamente que la lucha de clases tradicional. Nos han engañado y estafado a lo largo de la historia y sin contemplaciones. Cuando esa entelequia denominada “estado del bienestar” casi podía tocarse en nuestro país, la crisis global ha hecho que ese edificio se desvanezca, como una ilusión; y la gestión del PP, gracias a la mayoría absoluta, está eliminando incluso los cimientos. Hay mucha gente que sigue pensando que las políticas neoliberales son lo mejor y/o lo único posible; el tiempo nos dirá, de aquí a dos años, si queda algún resquicio. Amparados en falsedades como que ya no hay clases sociales o que llegó el fin de la historia, la dominante –llamémosla “pudiente”: etimológicamente, con poder– ha desencadenado una irrefrenable acumulación de recursos, de todos los tipos posibles y a todos los niveles, esquilmando el planeta y sumiendo en la miseria a la ciudadanía.

La lucha de clases de hoy no es otra cosa que el ataque de un poder económico, político y social que se vale de su invisibilidad para negar su existencia misma y exprimir, muy realmente y cada vez más, a la ciudadanía, a la que ha arrebatado lo poco que le quedaba sumiendo sus esperanzas de fu-

turo en un territorio devastado del que no podrá levantarse en muchos años –y menos si lo hace por la vía de la conciliación y la “democracia” amigable con sus opresores. La rapiña inmobiliaria dio lugar a nuevos negocios: la rapiña sanitaria, por ejemplo. La vía: la privatización. El objetivo: que los privilegiados –los que tienen *posibles*– conserven su bienestar, y quienes carezcan de ellos se vean asfixiados, cuando no directamente tirados por la borda: los recortes en educación, sanidad y políticas de dependencia lo dejan bien patente. ¿Qué pide la Troika y tan de buen agrado se ve por nuestros lacayos en el gobierno? Menos salarios, más control laboral, recorte en las pensiones... Todo a la baja y en quienes menos pueden y tienen. Curiosamente no piden la eliminación de los paraísos fiscales, ni la persecución de los fraudes fiscales, ni el ataque frontal a la corrupción, ni el establecimiento de salarios “máximos”, ni la cárcel para quienes han sido los causantes de esta situación (el escándalo de la salida de Blesa es un buen ejemplo de hasta donde llega la situación de desamparo)... Veremos qué pasa con Bárcenas o Undargarín. No, lo que pide es “más leña para el pobre y la conversión a la pobreza de la clase media” –ya en 2005, el millonario Warren Buffett lo declaraba sin sonrojarse.

Salvando las distancias de todo tipo, hemos visto cómo el escándalo Snowden ha puesto sobre la mesa el continuo espionaje del poder americano, incluso sobre sus aliados. Al igual que en el caso *Wikileaks*, al denunciante se le convierte en traidor y todos, incluso algunos de los espías, cooperan en su captura –la escenita del avión de Evo Morales es impagable. Entretanto reaparece Sarkozy, que ya piensa en volver a la política, pese a la condena

por financiación ilegal que obliga a su partido, la UMP, a devolver el dinero malversado por la operación fraudulenta de los 403 millones de euros que concedió en su día a Bernard Tapie, y que –¡asómbrense!– el partido intenta recaudar entre sus simpatizantes. Por cierto, ¿de dónde sacan los listados de ciudadanos, incluso en el extranjero? Y está Egipto, una vez más, con ese tira y afloja que al final hace que las revoluciones acaben siendo un ejercicio de titiriteros, en tanto lo de Siria y Oriente Medio se pudre literalmente.

Pero el caso francés tiene tela si lo comparamos con el español. Allí, el partido tiene que devolver el dinero que el estado aportó a su financiación, sin más dilación y sin componendas, incluso si eso supone la disolución de la UMP. Aquí, por el contrario, todo sigue igual y, salvo Bárcenas, que al final va a ser etiquetado de mártir –al tiempo–, nadie dimite ni tiene nada que declarar, salvo que todo es mentira –o mentira en diferido, que todo vale. Y, por supuesto, devolver, no se devuelve ni un duro. ¡Faltaría más! Como bien se ha dicho, el mayor riesgo de Bárcenas es ser juzgado, condenado, indultado y a Telefónica o Iberdrola de Consejero con sueldos millonarios. ¿Qué más da? Todavía hay unos euros que estrujar a los más desfavorecidos... y a vivir con los ahorrillos aunque el país se hunda en la miseria. Lo que vivimos, pues, es una lucha de clases camuflada. Antes se hacían revoluciones y ahora se hacen involuciones. El cine que hemos visto con la llegada de los calores veraniegos no nos ha abierto demasiados horizontes de esperanza. Por un lado, la acumulación habitual de espectacularidad y efectos especiales, con *Jack el cazagigantes* (*Jack the Giant Slayer*, Bryan Singer, 2013), absolutamente lamentable por

lo tópico, o *Star Trek: en la oscuridad* (*Star Trek Into Darkness*, J.J. Abrams, 2013), que no llega a la altura de la anterior incursión de Abrams en la serie y se queda en algo así como un capítulo de espíritu retro y aburrido por momentos. Otro tanto podemos decir de *After Earth* (2013), nuevo revolcón en el vacío de M. Night Shyamalan, y de la insufrible *Oblivion* (Joseph Kosinski, 2013), que no merece la pérdida de dos horas en soportarla.

Como no todo es espectacularidad, los vientos amables nos asfixian con *Eternamente comprometidos* (*The Five-Year Engagement*, Nicholas Stoller, 2012), banal con buenas intenciones, lo cual ya lo dice todo; *Will* (Ellen Perry, 2011), película que toca la tecla sentimental al tiempo que construye una historia esperanzadora, pero que es muy irregular y con un final previsible; *Tocando fondo* (*Smashed*, James Ponsoldt, 2012) es una especie de revisitación de *Días de vino y rosas* que resulta insuficiente pese a que la interpretación de la protagonista es muy buena y la ambientación está bien conseguida; *Standing Up* (*The Goats*, D.J. Caruso, 2013), relato de un camino hacia la madurez de una pareja de niños sojuzgados en un campamento de verano que, pese a poder haber dado de sí, carece de fuelle y, por el contrario, posee una excesiva carga emocional que lo desvirtúa; *Lay The Favorite* (Stephen Frears, 2012), muy agradable de ver e insólita sobre todo por el registro de Bruce Willis, pero intrascendente, como la música final pone de manifiesto; *42* (Brian Helgeland, 2013), tópica y mixtificadora historia biográfica de un gran jugador de beisbol que no aporta nada nuevo...

En esta línea, pero con un registro más digno señalaremos *Bienvenue parmi nous* (Jean Becker, 2012), ejemplo ar-

quetípico de un tipo de cine de calidad, con buenos actores y discurso *suave*, pero bien tramado, que constituye una tarjeta de presentación de cierto cine francés: colocar a personajes dispares en una situación límite, siempre da juego. El problema es el sentimentalismo: Becker se mantiene nadando entre dos aguas y los resultados son irregulares, aunque el film se deja ver con agrado y ya quisiéramos en nuestro país este nivel para la media. En el otro patillo de la balanza se sitúa *Ups-*

profundo. Más decepcionante aún ha sido *Trance* (Danny Boyle, 2012), auténtica tomadura de pelo que juega con el espectador de una forma absolutamente gratuita y en una línea esteticista digna de mejor causa. En cambio, *Parker* (Taylor Hackford, 2013) es una película desconcertante y fuera de época en el buen sentido de ambas expresiones: el protagonista no da ninguna posibilidad sentimental a Jennifer López, supuesta estrella femenina y reina del *sex appeal*. El detalle



Broken Camara

tream Color (Shane Carruth, 2013), película pretenciosa, soporífera, con cierto estilismo hipnótico, pero prueba evidente del daño colateral que está haciendo Terrence Malick y los coñazos que nos viene dando desde *El árbol de la vida*.

El cine de entretenimiento también ha tenido en este tiempo su representación con materiales muy dispares. El estreno más anabolizado del mes ha sido el Superman de Zack Snyder, titulado *El hombre de acero* (*Man of Steel*, 2013), que tiene una primera parte irregular aunque interesante, y una segunda de acción que no cesa y que, paradójicamente, induce al sueño

ilustra bastante bien los intereses que tiene y que deja de tener una película que funciona muy bien como cine *hard boiled*, y que supone una sorprendente vuelta de tuerca al esquema tradicional de robos y ladrones honrados que quieren mantener su palabra frente a los truhanes malos de una pieza. Igualmente, en *Redemption* (*Hummingbird*, Steven Knight, 2013) lo que parecía iba a ser una nueva película de la serie mamporril de Statham va adquiriendo nuevos contornos en un camino de redención imposible, y, pese a sus irregularidades y tópicos –trampas de guión incluidas–, los aspectos positivos diseñan un film que

finalmente se ve con agrado.

Hemos visto otros materiales que podemos denominar “políticamente incorrectos”. Algunos, por una vez, nos dan cierto margen de ilusión ante la posibilidad de un cine diferente. Es el caso de *90 Minutos* (*90 Minutter*, Eva Sørhaug, 2013), película muy radical que parece una trilogía de la muerte a través de tres historias sin conexión en la trama, pero sí por lo que implica el ejercicio del poder de un ser humano sobre otro/otros. En los tiempos de la violencia de género, se agradece una visión casi aséptica, quirúrgica, sin toma de posición, incluso con una cámara testimonial que apenas penetra los espacios. *Turistas* (*Sightseers*, Ben Wheatley, 2012), con múltiples referencias y juegos privados –por ejemplo, a *Los asesinos de la luna de miel* (*The Honeymoon Killers*, Leonard Kastle, 1970) y a *Thelma y Louise* (Ridley Scott, 1991) – es una película irregular, pero con cierto encanto en su devastadora visión del ser humano y sus instintos primarios. *Vulgaria* (Ho-Cheung Pang, 2012) es un auténtico disparate metadiscursivo que, con muchos altibajos, consigue un tono de humor y cinismo que la hace interesante, el problema es su irregularidad. *Ve Stinu* (*In the Shadow*, David Ondricek, 2012) es una excelente reconstrucción de la Checoslovaquia de principio de los 50, con tramas de corrupción y de manipulación de la población, incluso con un nazi aliado de los servicios de seguridad interior checos. El film no deja títtere con cabeza y, al mismo tiempo, es un alegato a favor de la libertad y la honestidad individual en la resistencia frente a la violencia institucional que se cierra con esa mirada a cámara, interpeladora, del niño que simboliza el avance ineludible de la historia. Las connotaciones con la situación de los

países del sur de Europa en este momento (España especialmente) da mucho que pensar, siendo lo mejor su ausencia de maniqueísmos.

En otros casos, la incorrección política tiene un recorrido más corto. *Svartur á leik* (*Black Games*, Óskar Thór Axelson, 2012), con la estética de *Trainspotting*, pero a la islandesa, es efectista, aunque mejora un poco en la parte final, y juega la baza exótica. *Assault on Wall Street* (*Bailout: The Age of Greed*, Uwe Boll, 2013) transcurre entre la denuncia y la acción más exacerbada, con una violenta reacción ante la situación actual y los desafueros financieros, pero que mira a través de la individualidad más radical, con lo que pierde fuelle en aras del espectáculo. Con todo, su violento discurso resulta curioso, pero la calidad fílmica brilla por su ausencia.

En una línea más cercana al posicionamiento histórico, con referencias expresas a contextos ejemplarizantes, tenemos, de un lado, *5 cámaras rotas* (*5 Broken Cameras*, Emad Burnat y Guy Davidi, 2011), excelente documental desde la perspectiva palestina de la no-violencia enfrentada a la violencia radical israelí. De carácter autobiográfico, e incluso autoficcional por momentos, se constituye en un alegato sobre la ocupación de territorios y desplazamiento de los pueblos. Por otro lado, *Hanna Arendt* (Margarethe von Trotta, 2012), es una interesante aproximación a una parte de la vida de Hannah Arendt que resulta un tanto fría pero que no duda en suministrar información al espectador con la combinación de secuencias de archivo en torno al juicio de Eichmann. Formalmente es un tanto conservadora, pero el discurso es poderoso y huye del maniqueísmo y de la hagiografía. Finalmente, *Shadow Dancer* (James Marsh,

2012), con un estilo limpio y sobrio, narra la bajada a los infiernos del terrorismo de una niña que presencia el asesinato de su hermano en el seno de una familia irlandesa en los años setenta y posteriormente noventa; la película no deja demasiados resquicios a ningún tipo de justificación ni moralina al uso y las acciones violentas son compartidas por IRA e ingleses a partes iguales.

Ya sin una clara adscripción, un título como *The Hypnotist* (Lasse Hallström, 2012) supone otra aportación del cine sueco con detective y trama de asesinato en serie. Además de la excelente realización, la fuerza psicológica de los personajes dota a la película de una extraña cualidad –¿cabría calificarla de “hipnótica”? Y ello, a pesar de un guión con algunas trampas indignas. También funciona *La mejor oferta* (*La migliore offerta*, Giuseppe Tornatore, 2012), un *thriller* con corazón que incurre en el vicio del giro final previsible, pero al que dignifican una realización primorosa y unas interpretaciones de auténtico lujo. Otra rareza es *The Door* (István Szabó, 2012), película que pase posiblemente sin pena ni gloria, pero que guarda un diamante escondido: la sensibilidad, sin sensibilería; el relato pulcro, pero elíptico; la lectura subterránea... Resulta interesante como puente entre el cine húngaro de la modernidad y el internacional de hoy. En un terreno distinto, y siguiendo un estilo similar al de *American Beauty* pero sin su acidez, *The Details* (Jacob Aaron Estes, 2011) aborda de forma irregular aspectos relativos a la doble moral con un tono al filo de la comedia. Para concluir, *Antes del anochecer* (*Before Midnight*, Ricard Linklater, 2013) es la tercera entrega de una serie sobre las relaciones de pareja en distintas eta-

pas de sus vidas. No desprovista de interés, nos acerca a un mundo tangible y sensible, a través de largos planos-secuencia que se anclan en las conversaciones de los personajes haciéndonoslos cercanos. En nuestro criterio, está valorada en exceso, tanto como experiencia (la trilogía) como cinematográficamente.

En España ocurre todo lo contrario: nuestro cine está crónicamente infravalorado, y cada vez queda menos que apreciar o defender. Últimamente apenas se han estrenado algunas películas, procedentes de las *nacionalidades históricas*, más bien pobrecitas en cuanto a producción pero estimables en algunos casos, co-

mo *Somos gente honrada* (Alejandro Marzoa, 2012) o *Menú degustació* (Roger Gual, 2013) –menos *Baztan* (Iñaki Elizalde, 2012)–, o coproducidas –como la hispanoargentina *Sola contigo* (Alberto Lecchi, 2013). Su mayor problema no radica tanto en su calidad –como se ha visto más arriba, buenas o malas, las películas si circulan cumplen con su cometido; hasta las peores experiencias cinematográficas pasan, y algo queda...–, como en la contracción de la producción y en su decreciente visibilidad. Con la desaparición de muchas salas que está teniendo lugar, la tendencia a la uniformización de la oferta se ha disparado. En Valencia, desde donde

escribimos, ya lo notamos, y muchos films no llegan, o se estrenan en una única sala minúscula de extrarradio, en horarios infames; y por supuesto no aguantan más de una semana. ¡Qué no ocurrirá –y nos consta– en esas ciudades en las que han echado el cierre ya prácticamente sus últimos cines!

En este panorama de decadencia y desánimo, hemos creído que valía la pena examinar de cerca sendas películas que abordan la búsqueda de alternativas esperanzadoras, a pesar de todos los pesares. Así que nos ocuparemos de *The East* (Zal Batmanglij, 2013) y *Après Mai* (Olivier Assayas, 2012).

LOS PAPITAS Y EL PAPA: *THE EAST*

Agustín Rubio Alcover

Sin que le haya dado tiempo a acomodarse en el trono de Pedro, al Papa Francisco le ha dado por hacer limpieza... y muchos no saben si aplaudir o echarse a temblar –así que hacen las dos cosas al mismo tiempo. Nada que objetar al afán del Sumo Pontífice por regenerar el Vaticano, aparte de contemplarlo con el escepticismo que me caracteriza *de nación*. En todo caso, el propósito y las reacciones me vienen que ni pintado para reflexionar en torno a un ánimo muy extendido en estos días, en que salimos a escándalo por hora. Por norma, y en función de cómo tengamos los niveles de azúcar, unos nos declaramos hastiados en el desayuno, otros al mediodía, y los noctámbulos a la puesta del sol. El problema es cuando este espíritu se generaliza mañana, tarde y noche, y la

situación se vuelve explosiva, en un mundo ideológicamente muy resabiado y en el que las utopías clásicas rebrotan de manera caótica, carente de sustento teórico y, a menudo, orgullosas de un extremismo que ignora en cuál de los dos polos se encuentra.

La película que hoy comento, *The East*, también viene al pelo. Está dirigida por un joven prometedor, el guionista y director Zal Batmanglij; pero tan artífice como aquél es la coautora del guión, protagonista y, en parte, productora de la cinta: Brit Marling –la hija rubísimas e integrísimas de Richard Gere en *El fraude* (*Arbitrage*, Nicholas Jarecki, 2012), y a quien veremos pronto junto a Robert Redford en *The Company You Keep* (2012)– está haciendo una carrera meteórica, y es seguramente a fecha actual la sucesora más esperanzadora

de eso que se conoce como el Hollywood liberal: progresista –para los parámetros estadounidenses; es decir, con unas gotas de idealismo individualista que se remonta a Thoreau, y que, no en vano, ha degenerado en varios demonios ultraderechistas–; intelectual –pero, como es de ley en Norteamérica, convencida de que la ficción, cuanto más masiva mejor, es el vehículo idóneo para influir en la conciencia colectiva–; y glamourosa –en apariencia de forma subsidiaria, pero en el fondo como primera providencia y único requisito: por eso los criterios anteriores se relajan, dependiendo de la circunstancia y, siempre, con la edad, esa sabia condición.

The East cuenta la peripecia de una exagente del FBI, Sarah Moss (la Marling), que es contratada por Hiller

*The East*

Brood, una empresa de investigación privada de primer nivel. La jefa (Patricia Clarkson) asigna a Sarah una misión complicada: infiltrarse en una organización anarcoterrorista, llamada The East, que está atentando contra los intereses de grandes corporaciones energéticas y farmacéuticas culpables de causar daños irreparables al ecosistema y a la salud de la población. La protagonista consigue, con una facilidad casi inverosímil, contactar con el grupo y acceder a su punto de encuentro: la casa, arrasada por el fuego, de su carismático líder, un sujeto que se hace llamar Benji (Alexander Skarsgaard). Como también es previsible, vence las reticencias iniciales de algunos elementos de la banda, como Izzy (Ellen Page) –cuyo recelo responde también, en parte, a que ad-

vierte la corriente de atracción que se crea entre Benji y Sarah–; y, poco a poco, sucumbe al encanto personal del macho alfa y se empapa de su ideario.

En contra de lo que esta sinopsis pudiera llevar a pensar, el film no está desprovisto de alicientes. Ciertamente, la habilidad de Batmanglij y de Marling para urdir la trama está lastrada por el doctrinarismo y por la supeditación a la imagen de esta última de superheroína definitiva del siglo XXI –cruce de McGyver con Jason Bourne con cabeza, estudios y una hipersensibilidad de anuncio de Timotei. Algunas escenas (el juego con la botella, el baño en el río como un rito bautismal cargado de erotismo) rozan, sobre el papel, el disparate, a fuer de tópicos y de ajenas a la progresión lógica del relato.

Sin embargo, conviene no perder de vista –porque de ello puede depender no sólo disfrutar un poco de la película, sino hacerse cargo de su naturaleza dual, con sus debilidades y sus fortalezas– que algunas situaciones parecidamente inverosímiles representan sus principales logros. Así, la primera noche que Sarah pasa con los miembros de The East, la obligan a ponerse una camiseta de fuerza antes de sentarse a la mesa, llena de platos y cubiertos de madera, y en torno a la que todos los demás están congregados también atados de brazos. La animan a empezar a comer y ella, tras varios intentos fallidos con una cuchara, consigue con habilidad ingerir el contenido de un bol. Cuál no es su sorpresa cuando los demás, con una unción propia de sectarios –con un punto,

admítase, fascinante–, le demuestran sin palabras la forma correcta de servirse y comer con los utensilios: agarrándolos uno de ellos con la boca y llevándoselos a la boca del de al lado, e ir alternándose.

La reacción de Sarah es, por una vez, lógica: molesta ante la reconvención táctica de su egoísmo, se pregunta en voz alta: “¿Por qué el moralismo está siempre presente en los movimientos de resistencia?” El interrogante es de lo más

pertinente, en particular a la vista del final de la película –que, aviso al lector y me disculpo por el *spoiler*, me veo obligado a destripar–: la organización de The East cae, y solo quedan Sarah y Benji, cuyos caminos se separan. El motivo es que ella reprueba la deriva fanática de él, dispuesto a todo caiga quien caiga. Mientras los créditos finales se suceden en la pantalla, las imágenes muestran a través de *flashes* una sucesión de golpes a grandes compa-

ñas con los que la joven, limpiamente y recurriendo solo a su ingenio, cambia la faz del mundo. Tamaña ingenuidad y tamaña falsedad *peliculera* resultan tan cómicas que desarman al espectador... o, puestos a pensar mal, quizás pretendan movilizar al pensamiento opuesto. La violencia nunca es el camino, pero ni un niño de pecho se cree ya que una yanqui guapa sea quien nos saque las castañas del fuego –¡y sin despeinarse!

LA PÉRDIDA DE LA UTOPIA:

APRÈS MAI

Francisco Javier Gómez Tarín

La oportunidad de una película como *Après Mai*, pese a ser un tanto atípica en la filmografía de Assayas, es innegable. La nostalgia invade a toda una generación cuando observa el presente y recuerda el pasado; y esa nostalgia, mitificadora de un pasado supuestamente heroico, que se identifica en muchas ocasiones con los acontecimientos de mayo del 68, ha desviado en más de una ocasión el auténtico problema de fondo. Que somos hoy herederos de aquel momento histórico, es incuestionable, pe-

ro entenderlo como la revolución que nunca fue es un error y por ahí llegan siempre las críticas que nos ven a algunos de aquella generación como “carrozas” sin actualizar.

Pegada como una lapa a esa nostalgia y



Après Mai

a los juicios críticos sobre ella, está *Après Mai* y la mirada de Assayas, que a buen seguro tiene mucho de autobiográfica (el director nació en 1955) porque no nos habla de 1968 sino de lo que ocurrió después, más concretamente a partir de

1971. El mito del 68 se queda con la revuelta callejera y la ilusión de millones de personas por un cambio radical, pero parece olvidar que, además, lo que se produjo es una traición en el seno de la izquierda cuando los revisionistas y sin-

dicalistas vinculados a ellos dieron marcha atrás para impedir que la cosa fuera a mayores y lo que empezó como ese “pidamos lo imposible” se convirtiera en una auténtica revolución con resultados que no podemos calibrar. Sea como fuere, la crónica del 68 solamente puede entenderse como la de un fracaso. Sin embargo, Assayas no nos habla del 68, y ahí llega lo mejor y lo peor de su posicionamiento. Los jóvenes que se negaron a aceptar la debacle y denunciaron las pírricas concesiones otorgadas por el Estado, siguieron organizándose y agrupándose en grupos reducidos que darían lugar a los movimientos denominados de extrema izquierda, desde los extraparlamentarios hasta la clandestinidad e incluso, en casos extremos, la lucha armada. Recordemos cómo en Alemania aparecieron los Baader Meinhof, o las Brigadas Rojas en Italia, o la presencia parlamentaria en Francia de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) –Arlette Laguiller sigue presente en la vida política de nuestro país vecino– y otros grupos minoritarios.

Assayas compone un fresco histórico, que casi tiene una lectura documental, a través del cual podemos apreciar la evolución de unos jóvenes vinculados entre sí por el amor al arte y por su militancia política, que, en muchos casos, es fruto de la relaciones de pareja que son capaces de establecer. En esta dinámica, las alianzas y los posicionamientos dependen más de elementos contextuales que de convicciones reales, pero, no obstante, son jóvenes que piensan, que leen, que teorizan, que viven en el seno de la utopía y que, en el último momento, deberán decidir si su vida va por uno u otro camino (la opción personal por un arte revolucionario –y solamente lo es si lo es su lenguaje–, como único mecanismo posible de expresión radical) o el paso a la clandestinidad y la

asunción de la lucha armada (renuncia, pues, a su vida privada)

¿Cuál es, pues, la oportunidad hoy de un film así? Ni más ni menos que la puesta en relación de una forma de entender el mundo que pasaba entonces por la reflexión y las ideas, aunque fueran en muchos casos fruto de tópicos (e incluso la búsqueda pura y simple de un revólucion), con el mundo actual vacío precisamente de ideas y de argumentaciones y que se mueve por principios vinculados a la posesión de medios (poder social – poder económico) En esencia: la disonancia entre la utopía (humanismo) y la ausencia de utopía (materialismo).

Mirando como observadores esa puesta en escena de los años setenta, nos vemos reflejados. En España no tuvimos un mayo del 68, pero sí los movimientos que surgieron tras la deriva revisionista de los Partidos Comunistas de toda Europa: LCR, MC, PT, ORT, etc... Hasta tuvimos grupos armados como el FRAP, ETA y otros de menor calibre. Con el paso del tiempo ha concluido el debate de las ideas y se ha producido la muerte de las utopías (defunción que en gran parte es responsabilidad de sus propios protagonistas por el uso, en algunos casos, de la violencia indiscriminada y, en otros, por la incapacidad absoluta para unir fuerzas en las citas electorales). Fruto de tal sinsentido, y clara denuncia de que en muchos casos detrás de la máscara no había nada, o poca cosa, es el hecho de que veamos en puestos de la derecha a antiguos militantes del FRAP o hasta que tengamos que soportar arengas de extrema derecha por parte de algunos que fueron militantes de LCR. Los tiempos, efectivamente, han cambiado: hoy ya no creemos en nada, en nadie.

La importancia del film de Assayas viene por este camino: el de la comparación. Si bien puede pensarse como una

mirada hacia el pasado cuyo marco autobiográfico queda diluido en la mostración expresa de un contexto y un flujo de situaciones y acontecimientos reconstruidos con delicadeza y medida (quizás este es el gran problema del film, la medida), los movimientos revolucionarios, las polémicas en torno al arte revolucionario, las relaciones sentimentales, el cine... todo fluye en un mismo aparato discursivo que intenta no dejar demasiado eco personal para privilegiar, en su lugar, los aspectos mostrativos. A la vista de los tiempos que corren, se echa de menos un paso al frente; esto sin negar la gran dignidad de la película y lo correcto de su puesta en escena, que es magistral.

Y, puesto que *Après Mai* pone sobre la mesa implícitamente el aspecto de la violencia, atrapo al vuelo la frase final de mi compañero de fatigas mensuales que afirma que la violencia nunca es una solución para enfrentarla a un doble conflicto: el moral y el cultural. Cuando el Estado, sea el que sea, ejerce la violencia sobre sus ciudadanos (experiencias dictatoriales); cuando un país invade otro país; cuando la violencia simbólica, financiera, económica, social oprime sin fisuras a las personas, se deslegitima y, desde ese mismo momento, legitima el ejercicio de la resistencia a todos los niveles. El problema es cultural porque se nos ha impuesto una conciencia de lo que es el mal y el bien que solamente beneficia a determinados estratos sociales; y el problema es moral porque, llevadas las cosas hasta ciertos límites, y la violencia física es uno de ellos, los daños colaterales son inasumibles ya que la vida vale más que cualquier otra cuestión (aunque parezca que a muchos de los que nos gobiernan, dentro y fuera del país, esto les traiga al paio). Lo que nadie puede impedirnos, al menos, es el ejercicio teórico sobre los conceptos.